

ROBERTO ZUCCO
Bernard-Marie Koltès

PERSONAJES

ROBERTO ZUCCO

SU MADRE

SU HERMANA

SU HERMANO

SU PADRE

SU MADRE

LA CHIQUILLA

HOMBRE

COMISARIO

EL SEÑOR MAYOR

LA SEÑORA ELEGANTE

EL FORZUDO

CHULO

PATRONA

EL INSPECTOR MELANCOLICO

UN INSPECTOR

PUTA

CHICO

MUJER (2), POLI (2), GUARDIA(3), TIPO (2), PRESO (3)

ESCENA 1 / LA EVASION

El camino de ronda de una prisión, a ras del tejado. Los tejados de la prisión, hasta su coronación. A esa hora en que los guardias, cansados del silencio y hartos de escrutar la oscuridad, son, a veces, víctimas de alucinaciones.

GUARDIA PRIMERO: ¿Has oído algo?

GUARDIA SEGUNDO: No, nada de nada.

GUARDIA PRIMERO: Tú nunca oyes nada.

GUARDIA SEGUNDO: ¿Y tú, has oído algo?

GUARDIA PRIMERO: No, pero tengo la impresión de haber oído algo.

GUARDIA SEGUNDO: ¿Has oído o no has oído?

GUARDIA PRIMERO: No he oído por los oídos, pero tengo la idea de haber oído algo.

GUARDIA SEGUNDO: ¿La idea? ¿Sin usar los oídos?

GUARDIA PRIMERO: Tú nunca tienes ideas, por eso nunca oyes nada ni ves nada.

GUARDIA SEGUNDO: No oigo nada porque

no hay nada que oír y no veo nada porque no hay nada que ver. Nuestra presencia aquí es inútil, por eso siempre acabamos discutiendo. Completamente inútil: los fusiles, las sirenas mudas, nuestros ojos abiertos cuando a estas horas todo el mundo los tiene cerrados. Me parece inútil mantener los ojos abiertos para contemplar la nada, y los oídos alerta para no escuchar nada, cuando a estas horas nuestros oídos deberían escuchar el ruido de nuestro universo interior y nuestros ojos contemplar nuestros paisajes interiores. ¿Tú crees en el universo interior?

GUARDIA PRIMERO: Yo creo que no es inútil que estemos aquí, para impedir las evasiones.

GUARDIA SEGUNDO: Pero si aquí no hay evasiones. Es imposible. La prisión es demasiado moderna. Ni siquiera un preso pequeñito podría evadirse. Ni siquiera un preso tan pequeño como una rata. Si llegara a atravesar las rejas grandes, después hay otras más finas, como coladores, y luego otras aún más finas, como tamices. Habría que ser de líquido para poder cruzarlas. Y una mano que ha apuñalado, un brazo que ha estrangulado no pueden estar hechos de líquido. Al contrario, deben volverse pesados y voluminosos. ¿Cómo crees que puede ocurrírsele a alguien la idea de apuñalar o de estrangular, primero la idea, y después pasar a la acción?

GUARDIA PRIMERO: Puro vicio.

GUARDIA SEGUNDO: Yo, que llevo seis años de guardia, siempre he observado a los asesinos preguntándome donde podría encontrarse lo que los diferenciaba de mí: guardia penitenciario incapaz de apuñalar o de estrangular, incapaz hasta de pensarlo. He reflexionado, he buscado, incluso los he observado bajo la ducha porque me dijeron que era en el sexo donde se alojaba el instinto asesino. He visto más de seiscientos sexos, pues bien, no hay ningún punto en común entre ellos; los hay grandes, los hay pequeños, los hay delgados, los hay chiquititos, los hay redondos, los hay puntiagudos, los hay enormes, de ahí no se saca nada.

GUARDIA PRIMERO: Puro vicio, te digo. ¿No ves algo?

Aparece Zucco, caminando por el borde del tejado.

GUARDIA SEGUNDO: No, nada de nada.

GUARDIA PRIMERO: Yo tampoco, pero me parece ver algo.

GUARDIA SEGUNDO: Veo un tipo caminando por el tejado. Debe ser la falta de sueño.

GUARDIA PRIMERO: ¿Qué iba a hacer un tipo en el tejado? Tienes razón. De vez en cuando deberíamos cerrar los ojos sobre nuestro universo interior.

GUARDIA SEGUNDO: Yo diría que parece Roberto Zucco, el que han encerrado esta tarde por el asesinato de su padre. Un animal furioso, un animal salvaje.

GUARDIA PRIMERO: Roberto Zucco. No me suena.

GUARDIA SEGUNDO: ¿Pero tú ves algo allí, o solo lo veo yo?

Zucco sigue avanzando, tranquilamente, por el tejado.

GUARDIA PRIMERO: Me parece que veo algo. Pero, ¿qué es?

Zucco empieza a desaparecer tras una chimenea.

GUARDIA SEGUNDO: Es un preso que se evade.

Zucco ha desaparecido.

GUARDIA PRIMERO: Mierda, tienes razón: es una evasión.

Disparos, focos, sirenas.

ESCENA 2 / ASESINATO DE LA MADRE

La madre de Zucco, en ropa de dormir, ante la puerta cerrada.

LA MADRE: Roberto, tengo la mano en el teléfono, descuelgo y llamo a la policía.

ZUCCO: Abreme.

LA MADRE: No.

ZUCCO: Si le doy un golpe a la puerta, se cae, tú lo sabes, no te hagas la idiota.

LA MADRE: Pues hazlo, enfermo, loco, hazlo y despertarás a los vecinos. Estabas más seguro en la cárcel, porque si te ven te linchan: aquí no se tolera que alguien mate a su padre. En este barrio, hasta los perros te mirarán con malos ojos.

Zucco golpea la puerta.

LA MADRE: ¿Cómo es que te has escapado? ¿Qué clase de cárcel es esa?

ZUCCO: Jamás me retendrán en prisión más de unas horas. Jamás. Abre; le harías perder la paciencia a una babosa. Abre ,o te destrozo la casa.

LA MADRE: ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿De dónde te viene esa necesidad de volver? Yo ya no quiero verte, no quiero verte. Ya no eres mi hijo, se acabó. Tú para mí ya no vales más que una mosca de mierda.

Zucco tira la puerta abajo.

LA MADRE: Roberto, no te acerques a mí.

ZUCCO: He venido a buscar mi uniforme.

LA MADRE: ¿Tu qué?

ZUCCO: Mi uniforme.

LA MADRE: Esa porquería de traje militar. ¿Para qué quieres esa porquería de traje militar? Estás loco, Roberto. Hubiéramos debido darnos cuenta cuando estabas en tu cuna, y arrojarte a la basura.

ZUCCO: ¡Muévete, date prisa, tráemelo en seguida!

LA MADRE: Te daré dinero. Es dinero lo que quieres. Te comprarás todos los trajes que quieras.

ZUCCO: No quiero dinero. Lo que quiero es mi uniforme.

LA MADRE: No quiero, no quiero. Voy a llamar a los vecinos.

ZUCCO: Quiero mi uniforme.

LA MADRE: No grites, Roberto, no grites, me das miedo; no grites, o despertarás a los vecinos. No puedo dártelo, es imposible; está sucio, está asqueroso, no puedes ponértelo así. Dame tiempo para que te lo lave, para que te lo seque, para que te lo planche.

ZUCCO: Yo lo lavaré. En la lavandería automática.

LA MADRE: Desvarías, pobre infeliz. Estás completamente chiflado.

ZUCCO: Es el sitio que más me gusta en el mundo. Es apacible, tranquilo, y hay mujeres.

LA MADRE: Y a mí qué. No quiero dártela. No te acerques, Roberto. Aún llevo luto por tu padre. ¿Acaso vas a matarme a mí también?

ZUCCO: No tengas miedo de mí, mamá. Siempre he sido dulce y amable contigo. ¿Por qué ibas a tenerme miedo? ¿Por qué no ibas a darme mi ropa? La necesito, mamá, la necesito.

LA MADRE: No seas amable conmigo, Roberto. ¿Cómo quieres que olvide que has matado a tu padre, que lo has tirado por la ventana, como quien tira una colilla? Y ahora eres amable conmigo. No quiero olvidar que has matado a tu padre, Roberto, y tu dulzura me hará olvidarlo todo, Roberto.

ZUCCO: Olvida, mamá. Dame mi ropa, aunque esté sucia, aunque esté arrugada, dámela. Y luego me marcharé, te lo juro.

LA MADRE: ¿He sido yo, Roberto, he sido yo quien te ha parido? ¿Has salido realmente de mí? Si no te hubiese parido aquí mismo, si no te hubiese visto salir de mí, y seguido con los ojos hasta que te acostaron en tu cuna; si no hubiese fijado, desde entonces, mi mirada en ti sin desviarla jamás, vigilando cada cambio de tu cuerpo, hasta ser incapaz de ver que se producían esos cambios, y si no te viera ahora

ahí, idéntico al que salió de mí en esta cama, creería que no es mi hijo el que tengo delante. Pero te reconozco, Roberto. Reconozco la forma de tu cuerpo, tu cintura, el color de tu pelo, el color de tus ojos, la forma de tus manos, esas manazas fuertes que no han servido más que para acariciar el cuello de tu madre, para apretar el de tu padre, a quien has matado. ¿Por qué aquel niño, tan sensato durante 24 años, se ha vuelto loco bruscamente? ¿Cómo te has descarrilado, Roberto? ¿Quién ha atravesado un tronco de árbol en ese camino tan recto para hacerte caer al abismo? Roberto, Roberto, un coche que se estrella en el fondo de un barranco no tiene arreglo. Un tren que descarrila no puede volver a los raíles. Hay que abandonarlo, hay que olvidarlo. Yo te olvido. Roberto. Ya te he olvidado.

ZUCCO: Antes de olvidarme, dime donde está mi uniforme.

LA MADRE: Está ahí, en la cesta. Está sucio y arrugado. (*Zucco saca la ropa*). Y ahora márchate, me lo has jurado.

ZUCCO: Sí, te lo he jurado.

Se acerca, la acaricia, la abraza, la estrecha, ella gime. La suelta y ella cae, estrangulada. Zucco se desnuda, se pone la ropa y sale.

ESCENA 3 / BAJO LA MESA

En la cocina. Una mesa cubierta hasta el suelo por un mantel. Entra la hermana de la chiquilla. Se dirige a la ventana, la entorna.

LA HERMANA: Entra, no hagas ruido, quítate los zapatos: siéntate ahí y calla. (*La chiquilla entra por la ventana.*) Así que a estas horas de la noche, te encuentro acurrucada al pie de un muro. Tu hermano está registrando la ciudad de arriba abajo con el coche, y ten por seguro que cuando te encuentre te dará unos buenos azotes, porque se ha llevado un susto de muerte. Tu madre se ha pasado las horas en la

ventana, haciendo toda clase de conjeturas, desde la violación colectiva a manos de una pandilla de delincuentes, hasta el cuerpo descuartizado que encontrarán en un bosque, por no mencionar al sádico que te habría acorralado en el sótano, todo ha pasado por su cabeza. Y tu padre está ya tan seguro de no volver a verte, que no ha parado de beber y duerme la borrachera en el sofá, roncando con el ronquido de la desesperación. En cuanto a mí, doy vueltas por el barrio como una loca y te encuentro ahí, simplemente acurrucada al pie de un muro. Cuando hubiese bastado con que cruzaras el patio para tranquilizarnos. Lo más que te hubiera pasado, es que tu hermano te diese una buena zurra, y espero que te la dé hasta hacerte sangre. Pero ya veo que has decidido no hablarme. Has decidido guardar un silencio total. Silencio. Silencio. Todos discuten a mi alrededor pero yo callo. Punto en boca. Veremos si sigues callada cuando tu hermano te dé una paliza. ¿Cuándo piensas abrir la boca para explicarme por qué has vuelto tan tarde, cuando sólo tenías permiso hasta la medianoche? Y si no abres el pico, voy a empezar a asustarme, voy a hacer toda clase de suposiciones yo también. Gorrión mío, habla con tu hermana, soy capaz de escucharlo todo, y te protegeré, te lo juro, de la cólera de tu hermano. ¿Has vivido una pequeña aventura de chiquilla, has conocido un chico y se ha puesto tonto como todos los chicos, ha sido torpe, te ha tratado con brusquedad?. Lo conozco, pichoncito, yo también he sido una chiquilla, he ido a esas fiestas donde los chicos se portan como imbéciles. Aunque te hayas dejado besar, ¿qué más da? Te dejarás besar mil veces más por unos imbéciles, te apetezca o no; y te dejarás tocar el trasero, pobre infeliz, quieras o no. Porque los chicos son imbéciles y lo único que saben hacer es tocarle el trasero a las chicas. Les encanta. No entiendo que placer le encuentran, es más, creo que no le encuentran ningún placer. Forma parte de su tradición. No lo pueden remediar. Pura imbecilidad. Pero no hay que dramatizar. Lo esencial es que no te

dejes robar aquello que nadie te debe robar hasta que llegue el momento. Pero yo sé que tú esperarás ese momento, que escogeremos, todos juntos -tu madre, tu padre, tu hermano, y yo misma, y tú también, por supuesto-. O entonces tendrían que forzarte, ¿y quién se atrevería a forzar a una chiquilla como tú, tan pura, tan virginal? Dime que no te han forzado. Dime, dime que no te han robado eso, verdad, que nadie te debe robar. Contesta. Contesta o me enfado. Escóndete en seguida bajo la mesa. Me parece que ahí vuelve tu hermano.

La chiquilla desaparece bajo la mesa. Entra el padre en pijama, medio dormido. Cruza la cocina, desaparece unos instantes, vuelve a cruzar la cocina y regresa a su dormitorio.

Eres una chiquilla, eres una virgencita, eres la virgencita de tu hermana, de tu hermano, de tu padre y de tu madre. No me digas esa cosa tan horrible. Calla. Me vuelvo loca. Estás perdida, y todos nosotros nos hemos perdido contigo.

Entra el hermano, con gran estrépito. La hermana se abalanza sobre él.

LA HERMANA: No grites, no te pongas nervioso. No está aquí pero la han encontrado. La han encontrado pero no está aquí. Tranquilízate o me volveré loca. No puedo con tantas desgracias a la vez y como grites me mato.

EL HERMANO: ¿Dónde está? ¿Dónde está?

LA HERMANA: Está en casa de una amiga. Duerme en casa de una amiga, en la cama de su amiga, caliente, segura, nada malo puede ocurrirle, nada. Nos ha ocurrido una desgracia terrible. No grites, te lo suplico, porque puede que después te arrepientas e incluso llores.

EL HERMANO: Nada podría hacerme llorar, salvo una desgracia terrible que le ocurriera a mi hermanita. La he vigilado tanto, y esta noche se me ha escapado. Se me ha escapado unas horas, frente a años y años de desvelos. La

desgracia necesita más tiempo para caer sobre alguien.

LA HERMANA: La desgracia no precisa tiempo. Llega cuando quiere, y lo transforma todo en un instante. Destruye en un instante un objeto preciado que uno guarda durante años. *(Coge un objeto y lo deja caer al suelo)*. Y no podemos volver a pegar los pedazos. Ni siquiera gritando, podríamos volver a pegar los pedazos.

Entra el padre. Cruza la cocina como la primera vez y desaparece.

EL HERMANO: Ayúdame, hermana mía, ayúdame. Eres más fuerte que yo. No soporto las desgracias.

LA HERMANA: Nadie soporta las desgracias.

EL HERMANO: Compártela conmigo.

LA HERMANA: Ya no puedo más.

EL HERMANO: Voy a tomar un trago. *(Sale)*

Vuelve a entrar el padre.

EL PADRE: ¿Lloras hija mía? Me ha parecido oír llorar a alguien.

La hermana se pone en pie

LA HERMANA: No. Cantaba. *(Sale.)*

EL PADRE: Haces bien. Eso aleja la desgracia. *(Sale.)*

Al cabo de un momento, la chiquilla sale de debajo de la mesa, se acerca a la ventana, la entorna, dejando entrar a Zucco.

LA CHIQUILLA: Quítate los zapatos. ¿Cómo te llamas?

ZUCCO: Llámame cómo quieras. ¿Y tú?

LA CHIQUILLA: Yo no tengo nombre. Me llaman todo el tiempo con nombres de animales, pollito, pichoncito, gorrioncillo, alondra, estornino, palomita, ruiseñor. Yo preferiría que me llamaran rata, serpiente de cascabel o lechón. ¿Qué haces en la vida?

ZUCCO: ¿En la vida?

LA CHIQUILLA: Sí, en la vida: tu oficio, tu trabajo, cómo ganas dinero, y todas esas cosas que hace todo el mundo.

ZUCCO: Yo no hago lo que hace todo el mundo.

LA CHIQUILLA: Por eso, dime lo que haces.

ZUCCO: Soy agente secreto. ¿Sabes qué es un agente secreto?

LA CHIQUILLA: Sé lo que es un secreto.

ZUCCO: Un agente además de ser secreto, viaja, recorre el mundo, lleva armas.

LA CHIQUILLA: ¿Tú llevas un arma?

ZUCCO: Por supuesto que la llevo.

LA CHIQUILLA: Enséñamela.

ZUCCO: No.

LA CHIQUILLA: Entonces es que no llevas arma.

ZUCCO: Mira. *(Saca un puñal)*

LA CHIQUILLA: Eso no es un arma.

ZUCCO: Con esto puedes matar tan bien como con cualquier arma.

LA CHIQUILLA: Y además de matar, ¿qué más hace un agente secreto?

ZUCCO: Viaja, va a Africa. ¿Conoces Africa?

LA CHIQUILLA: Muy bien.

ZUCCO: Hay lugares maravillosos en Africa, montañas tan altas que siempre nieva en ellas. Nadie sabe que en Africa nieva. Es lo que más me gusta en el mundo: la nieve en Africa cayendo sobre los lagos helados.

LA CHIQUILLA: Me gustaría ver la nieve en Africa. Me gustaría patinar sobre los lagos helados.

ZUCCO: También hay rinocerontes blancos que atraviesan el lago, bajo la nieve.

LA CHIQUILLA: ¿Cómo te llamas? Dime tu nombre.

ZUCCO: Jamás diré mi nombre.

LA CHIQUILLA: ¿Por qué? Quiero saber tu nombre.

ZUCCO: Es un secreto.

LA CHIQUILLA: Yo sé guardar secretos. Dime tu nombre.

ZUCCO: Lo he olvidado.

LA CHIQUILLA: Mentiroso.

ZUCCO: Andreas.

LA CHIQUILLA: No.

ZUCCO: Ángelo.

LA CHIQUILLA: No te burles de mí o grito. No es ninguno de esos nombres.

ZUCCO: ¿Y cómo lo sabes, si no lo sabes?

LA CHIQUILLA: Imposible. Lo reconocería enseguida.

ZUCCO: No puedo decirlo.

LA CHIQUILLA: Aunque no puedas decirlo, dímelo de todos modos.

ZUCCO: Imposible. Podría ocurrirme una desgracia.

LA CHIQUILLA: No importa. Dímelo de todos modos.

ZUCCO: Si te lo dijera, moriría.

LA CHIQUILLA: Aunque tengas que morir, dímelo.

ZUCCO: Roberto.

LA CHIQUILLA: ¿Roberto qué más?

ZUCCO: Confórmate con eso.

LA CHIQUILLA: ¿Roberto qué más? Como no me lo digas, gritaré, y mi hermano, que está furioso, te matará.

ZUCCO: Me has dicho que sabías lo que es un secreto. ¿De veras lo sabes?

LA CHIQUILLA: Es lo único que sé perfectamente. Dime tu apellido, dime tu apellido.

ZUCCO: Zucco.

LA CHIQUILLA: Roberto Zucco. Jamás lo olvidaré. Escóndete bajo la mesa: viene alguien.

Entra la madre.

LA MADRE: ¿Hablas sola, mi ruiseñor?

LA CHIQUILLA: No. Canto para alejar la desgracia.

LA MADRE: Haces bien. *(Ve el objeto roto.)* Mejor. Hacía tiempo que quería deshacerme de esta porquería.

Sale. La chiquilla se acerca a Zucco escondido bajo la mesa.

VOZ DE LA CHIQUILLA: Tú, amigo, me has

quitado mi flor y te la vas a quedar. Ahora ya no habrá nadie que me la pueda quitar. La tienes hasta el fin de tus días, la tendrás incluso cuando me hayas olvidado o hayas muerto. Estás marcado por mí como por una cicatriz tras una pelea. Yo no corro el riesgo de olvidar, porque no tengo otra que darle a nadie; se acabó, solucionado, hasta el fin de mi vida. La he dado y eres tú quien la tiene.

ESCENA 4 / LA MELANCOLIA DEL INSPECTOR

La recepción de un hotel de putas en el Pequeño Chicago.

EL INSPECTOR: Estoy triste, patrona. Siento el corazón pesado y no sé por qué. Estoy triste a menudo, pero esta vez hay algo que falla. De costumbre, cuando me siento así, con ganas de llorar o de morirme, busco la razón de ese estado. Repaso todo lo ocurrido durante el día, durante la noche, y la víspera. Y siempre acabo encontrando un acontecimiento sin importancia que, de momento, no me ha impresionado, pero que, como un pequeño microbio repugnante, ha anidado en mi corazón y me lo retuerce en todos los sentidos. Entonces, cuando descubro cuál es ese suceso sin importancia que me hace sufrir tanto, me río, el microbio queda aplastado como un piojo bajo la uña, y todo se arregla. Pero hoy he buscado, me he remontado a tres días atrás, primero en un sentido y después en otro, y ahora estoy de vuelta, sin saber de dónde viene el mal, tan triste como antes y con el corazón igualmente pesado.

LA PATRONA: Hurga usted demasiado en los cadáveres y en los enredos de los chulos, inspector.

EL INSPECTOR: Tampoco hay tantos cadáveres. Pero chulos, sí, hay demasiados. Sería preferible más cadáveres y menos chulos.

LA PATRONA: Yo prefiero a los chulos: me ayudan a vivir y ellos mismos están llenos de vida.

EL INSPECTOR: Tengo que irme, patrona.

Adiós.

Zucco sale de la habitación, cierra la puerta con llave.

LA PATRONA: Nunca se debe decir adiós, inspector.

Sale el inspector, seguido por Zucco. Al cabo de unos instantes entra una puta muy alterada.

LA PUTA : Madame, fuerzas diabólicas acaban de atravesar el Pequeño Chicago. El barrio entero está revuelto, las putas han dejado de trabajar, los chulos se han quedado con la boca abierta, los clientes han huido, todo se ha detenido, todo está petrificado. Madame, ha cobijado al demonio en su casa. Ese muchacho que llegó hace poco, ese que no abre la boca, que no responde a las preguntas de las chicas, como si no tuviera voz ni sexo; ese muchacho, sin embargo, de mirada tan dulce; ese muchacho, tan guapo, sin duda, ya lo hemos comentado mucho entre nosotras, ha salido detrás del inspector. Lo observamos, nos reímos, nos imaginamos cosas. Camina detrás del inspector que parece sumido en una profunda reflexión; camina tras él como su sombra; y la sombra se encoge como al mediodía, se acerca cada vez más a la espalda encorvada del inspector, y bruscamente saca un largo puñal de entre sus ropas, y lo clava en la espalda del pobre hombre. El inspector se detiene. No se vuelve. Balancea suavemente la cabeza, como si la profunda reflexión en que estaba inmerso acabara de encontrar solución. Después todo su cuerpo se balancea, y se desploma en el suelo. Ni el asesino ni su víctima se han mirado en ningún momento. El muchacho tenía los ojos clavados en el revolver del inspector; se inclina, lo agarra, se lo guarda en el bolsillo, y se va, tranquilamente, con la tranquilidad del demonio, patrona. Porque nadie se ha movido, todo el mundo, inmóvil, ha contemplado cómo se marchaba. Ha desaparecido entre la gente.

Era el demonio lo que tenía bajo su techo, madame.

LA PATRONA: De todos modos, con el asesinato de un inspector, ese muchacho está acabado.

ESCENA 5 / EL HERMANO COMPLICE

La cocina. La chiquilla está apoyada en la pared, aterrorizada.

EL HERMANO: No tengas miedo de mí, pichoncito. No te haré daño. Tu hermana es una estúpida. ¿Por qué cree que yo te iba a pegar? Ahora eres una mujer y yo nunca le he pegado a una mujer. Me gustan mucho las mujeres; es lo que más me gusta. Es mucho mejor que una hermana pequeña. Una hermana pequeña es una lata. Hay que vigilarla todo el tiempo, sin perderla de vista. ¿Para proteger qué? ¿su virginidad? ¿Cuánto tiempo hay que estar vigilando la virginidad de una hermana? Todo el tiempo que he pasado cuidando de ti es tiempo perdido. Y echo de menos ese tiempo. Echo de menos cada día, cada hora que he perdido vigilándote. Más valdría desflorar a las chiquillas en cuanto son chiquillas, así se dejaría en paz a los hermanos mayores, que no tendrían nada que vigilar y podrían ocupar su tiempo en otros asuntos. Me alegro que te hayas dejado violar por un tipo, porque ahora tengo paz. Tú vas por tu camino, yo por el mío, ya no te llevo a cuestras como una cruz. Vente mejor a tomar una copa conmigo. Ahora tienes que aprender a no bajar los ojos, a no sonrojarte, a atreverte a mirar a los chicos. Todo eso se acabó. Sé descarada. Levanta la cabeza, mira a los chicos, míralos a la cara, les encanta. No sirve de nada que sigas siendo recatada ni un minuto más. Hazte notar, pequeña, y en seguida. Abandónate a la naturaleza, vete a hacer la calle en el Pequeño Chicago con las putas, hazte puta: ganarás pasta y no dependerás de nadie. Y si nos encontramos en algún bar, te haré una seña y seremos hermano y hermana de bar, es menos aburrido y te diviertes más. No pierdas más el tiempo

bajando la mirada y cerrando las piernas, pichoncito, eso ya no sirve de nada. De todos modos, ahora, la boda se ha ido al garete. Merecía la pena vigilarte para la boda, merecía la pena que bajaras tímidamente los ojos hasta el día de la boda, pero ahora la boda se fastidió, así que todo lo demás se fastidió también. De un solo golpe, así todo se ha ido al garete: la boda, la familia, tu padre, tu madre, tu hermana; y a mí me da igual. Tu padre ronca de pena, y tu madre llora; más vale dejarlos que lloren y ronquen y marcharse de casa. Puedes tener hijos: nos da igual. Puedes no tenerlos, también nos da igual. Puedes hacer lo que quieras. He dejado de vigilarte, y tú has dejado de ser una chiquilla. Ya no tienes edad; podrías tener quince o cincuenta años, es lo mismo. Eres una mujer y a todo el mundo le da igual.

ESCENA 6 / EL METRO

Bajo un cartel de "Se busca", con la foto de Zucco en el centro, sin nombre; sentados uno junto al otro en el banco de una estación de metro, tras la hora del cierre, un señor mayor y Zucco.

EL SEÑOR: Soy un viejo y me he entretenido más de la cuenta. Me alegraba de haber tomado el último tren cuando de pronto, en una encrucijada de este encrucijada de pasillos y escaleras, ya no he reconocido mi estación, la que sin embargo frecuento tan asiduamente, que creía conocerla tan bien como mi cocina. Ignoraba no obstante que oculta, tras el recorrido nítido que practico cada día, un mundo oscuro de túneles, de direcciones desconocidas que hubiera preferido seguir ignorando, pero que mi necia distracción me ha obligado a conocer. Y he aquí que de pronto las luces se apagan y no dejan más claridad que la de esos farolillos blancos, en los que nunca había reparado. Camino entonces, derecho ante mí, en un mundo desconocido, lo más aprisa posible, que por cierto no es mucho al tratarse de un anciano como yo. Y cuando al final de

interminables escaleras mecánicas detenidas, creo vislumbrar una salida, zas, unas enormes rejas me cierran el paso. Y entonces heme aquí, en una situación harto caprichosa para un hombre de mi edad, castigado por mi descuido y por la parsimonia de mi paso, a la espera de no sé muy bien qué, y tampoco me interesa demasiado saberlo, ya que a mi edad ciertas novedades son decididamente duras de tragar. Sin duda es el amanecer, sí, sin duda es lo que espero en esta estación que me era tan familiar como mi cocina, y que ahora me atemoriza. Sin duda estoy esperando que las luces habituales vuelvan a encenderse y pase el primer metro. Pero estoy inquieto porque ignoro cómo volveré a ver la luz del día tras una aventura tan extravagante, esta estación nunca me parecerá la misma, ya no podré ignorar la presencia de esos farolillos blancos que antes no existían; y, además, una noche en blanco, no sé como puede transformar la vida, nunca me había ocurrido, todo debe quedar desfasado, los días ya no deben alternarse con las noches como antes. Me siento muy inquieto ante estas cosas. Pero usted, joven, parece tener piernas muy ágiles y el espíritu muy claro, sí, veo su mirada clara, y no turbia y necia como la de este viejo, es imposible creer que se haya dejado confundir por esos pasillos y esas verjas cerradas; no, un joven de espíritu claro como usted atravesaría incluso una verja cerrada como una gota de agua pasaría a través de un colador. ¿Trabaja aquí por la noche? Hábleme de usted, eso me tranquilizará.

ZUCCO: Soy un chico normal y razonable, señor. Nunca me he hecho notar. ¿Se habría fijado en mí si no me hubiera sentado a su lado? Siempre he pensado que la mejor manera de vivir tranquilo es siendo transparente como un cristal, como un camaleón sobre una piedra, atravesar las paredes, carecer de color y de olor; que las miradas de la gente te atraviesen y vean a la gente detrás de ti, como si no estuvieras allí. Ser transparente es una tarea dura: es un oficio; es un sueño antiguo, muy antiguo, el de ser invisible. No soy un héroe. Los héroes son

criminales. No existen héroes que no tengan las ropas empapadas en sangre, y la sangre es lo único en el mundo que no puede pasar desapercibido. Es lo más visible del mundo. Cuando todo haya sido arrasado, y una bruma de fin del mundo envuelva la tierra, siempre quedarán las ropas empapadas en sangre de los héroes. Yo he cursado estudios, he sido un buen alumno. Uno no se vuelve atrás cuando se ha acostumbrado a ser un buen alumno. Estoy matriculado en la universidad. Tengo mi sitio reservado en los bancos de la Sorbona, entre otros buenos alumnos y nunca me hago notar. Le aseguro que hay que ser buen alumno, discreto e invisible, para estar en la Sorbona. No es una de esas universidades periféricas donde van los gamberros y los que se creen héroes. Los pasillos de mi universidad son silenciosos y los recorren sombras cuyo paso ni siquiera se oye. A partir de mañana volveré a asistir a mi curso de lingüística. Mañana es el día del curso de lingüística. Allí estaré, invisible entre los invisibles, silencioso y atento en la bruma espesa de la vida corriente. Nada puede alterar el curso de las cosas, señor. Soy como un tren que atraviesa tranquilamente una pradera y que nada podría hacer descarrilar. Soy como un hipopótamo hundido en el cieno que se desplaza lentamente y al que nada podría desviar del camino y del ritmo que ha decidido tomar.

EL ANCIANO: Siempre se puede uno descarrilar, joven, sí, ahora sé que cualquiera puede descarrilar, en cualquier momento. Yo, que soy un hombre viejo, yo, que creía conocer el mundo y la vida tan bien como mi cocina, fíjese, aquí estoy fuera del mundo, en esta hora que ni siquiera existe, bajo una luz desconocida, sumido en la inquietud de qué ocurrirá cuando se enciendan las luces habituales y pase el primer metro, y la gente normal, como lo era yo, invada esta estación; y yo, tras esta mi primera noche en blanco, no tendré más remedio que salir, cruzar la verja abierta por fin, ver el día cuando no he visto la noche. Y ahora no sé nada de lo que va a ocurrir, de la manera en que veré

el mundo y en la que el mundo me verá o no me verá. Porque ya no sabré cuál es el día y cuál es la noche, ya no sabré qué hacer, daré vueltas por mi cocina en busca de la hora, y todo eso me da mucho miedo, joven.

ZUCCO: Es como para tener miedo.

EL ANCIANO: Tartamudea usted, muy ligeramente, eso me gusta mucho. Me tranquiliza. Ayúdeme en la hora en que el ruido irrumpa en este lugar. Ayúdeme, acompañe a este viejo perdido hasta la salida; y más allá, acaso.

Las luces de la estación se encienden. Zucco ayuda al anciano a levantarse y lo acompaña. Pasa el primer metro.

ESCENA 7 / DOS HERMANAS

En la cocina. La chiquilla, con una bolsa. Entra la hermana.

LA HERMANA: Te prohíbo que te marches.

LA CHIQUILLA: Tú no puedes prohibirme nada. De ahora en adelante soy mayor que tú.

LA HERMANA: ¿Qué dices? Eres un gorrioncillo posado en una rama. Y yo soy tu hermana mayor.

LA CHIQUILLA: Tú eres una virgen perenne, no sabes nada de la vida, bien que has cuidado de ti misma, bien que te has protegido. Yo soy mayor, he sido violada, estoy perdida, tomo mis decisiones yo sola.

LA HERMANA: ¿No eres tú mi hermana pequeña, la que me contaba todas sus confidencias?

LA CHIQUILLA: ¿No eres tú una solterona que no sabe nada de nada, y debería callarse ante mi experiencia?

LA HERMANA: ¿De qué experiencia hablas? La experiencia de la desgracia no sirve de nada. Sólo sirve para que la olvidemos lo antes posible. Tan sólo la experiencia de la felicidad sirve de algo. Siempre recordarás las hermosas veladas tranquilas que has pasado con tus padres, tu hermano y tu hermana; las

recordarás hasta que seas vieja. Mientras que la desgracia que nos ha caído encima, esa la olvidarás pronto, pajarillo mío, bajo la mirada de tu hermana, de tu hermano y de tus padres.

LA CHIQUILLA: Olvidaré y ya olvidado, a mis padres, a mi hermano y a mi hermana; pero no olvidaré mi desgracia.

LA HERMANA: Tu hermano te protegerá, mi pequeño vengejo: te querrá como nadie te quiso nunca, porque siempre te ha querido como no ha querido a nadie. El sólo será todos los hombres que tú puedas necesitar.

LA CHIQUILLA: No quiero que me quieran.

LA HERMANA: No digas eso. No hay ninguna otra cosa en la vida que valga la pena.

LA CHIQUILLA: ¿Cómo te atreves a decir eso? Nunca has tenido un hombre. Nunca te han querido. Te has quedado sola toda tu vida, y has sido muy desgraciada.

LA HERMANA: Nunca he sido desgraciada hasta tu desgracia.

LA CHIQUILLA: Sí, yo sé que has sido muy desgraciada. Te he pillado a menudo llorando detrás de las cortinas.

LA HERMANA: Lloro sin motivo, siempre a la misma hora, para ganar ventaja, y ahora, nunca volverás a verme llorar; yo he sacado mucha ventaja. ¿Por qué quieres marcharte?

LA CHIQUILLA: Quiero encontrarlo.

LA HERMANA: No lo encontrarás.

LA CHIQUILLA: Lo encontraré.

LA HERMANA: Imposible. Sabes que tu hermano lo ha intentado durante días y noches, para vengarte.

LA CHIQUILLA: Pero como yo no quiero vengarme, lo encontraré.

LA HERMANA: ¿Y qué harás cuando lo encuentres?

LA CHIQUILLA: Le diré una cosa.

LA HERMANA: ¿Cuál?

LA CHIQUILLA: Una cosa.

LA HERMANA: ¿Dónde piensas encontrarlo?

LA CHIQUILLA: En el Pequeño Chicago.

LA HERMANA: ¿Por qué quieres perderte, paloma inocente? No, no me abandones, no me dejes tan sola. No quiero quedarme sola con tu

hermano y con tus padres. No quiero quedarme sola en esta casa. Sin ti mi vida no valdrá nada, y nada tendrá sentido. No me abandones, te lo suplico, no me abandones. Detesto a tu hermano, y a tus padres, y esta casa; sólo te quiero a ti, paloma, paloma; sólo existes tú en mi vida.

Entra el padre furioso.

EL PADRE: Su madre me ha escondido la cerveza. Tendré que pegarle como hacía antes. ¿Por qué habré dejado de hacerlo? Me dolía el brazo, pero hubiera debido esforzarme, hacer ejercicio, o encargarle a otro que lo hiciera por mí. Hubiera debido seguir como antes, pegándole todos los días, a la misma hora. Pero el caso es que he sido negligente, y ahora ella me esconde la cerveza, y estoy seguro de que vosotras sois sus cómplices. *(Mira bajo la mesa)* Quedaban cinco botellas. Os pegaré cinco veces a cada una como no las encuentre.

Sale.

LA HERMANA: ¡Mi tortolita en el Pequeño Chicago! Qué infeliz debes ser, y cuánto más lo serás.

Entra la madre.

LA MADRE: Vuestro padre está otra vez borracho. Se ha soplado una cerveza tras otra. ¿Y vosotras, tan complacientes con ese viejo loco? Dejáis que me enfrente sola con ese borrachín. Os importa un bledo, dejáis que nos arruine en alcohol. Sois dos tontas que solo habláis de bobadas, y me dejáis solas con ese borracho. ¿Qué significa esa bolsa?

LA HERMANA: Va a pasar la noche en casa de su amiga.

LA MADRE: Su amiga, su amiga... ¿A qué viene tanta amiga? ¿A qué vienen esas historias entre chicas? ¿Acaso necesita pasar la noche con su amiga? ¿Las camas son mejores que las nuestras? ¿La noche es más negra allí que aquí?

Si aún tuvierais edad, y yo fuerza, os pegaría a las dos.

Sale

LA HERMANA: No quiero que seas desgraciada.

LA CHIQUILLA: Soy desgraciada y soy feliz. He sufrido mucho, pero ese sufrimiento me ha dado mucho placer.

LA HERMANA: Y yo moriré si me abandonas.

La chiquilla toma su bolsa y sale.

ESCENA 8 / JUSTO ANTES DE MORIR

Un bar de noche. Una cabina telefónica. Zucco sale disparado por la ventana, con gran estrépito de cristales rotos. Gritos en el interior. Aglomeración en la puerta.

ZUCCO: "Así yo fui creado como atleta, Hoy tu cólera enorme me completa, Oh mar, y soy grande sobre mi zócalo divino De toda tu grandeza mordiendo mis pies en vano.

Desnudo, fuerte, la frente hundida en una sima de bruma".

UNA PUTA: Hace un frío horrible. Ese muchacho va a pescar un catarro mortal.

UN TIPO: No sufras por él. Está sudando, debe estar muy caliente por dentro.

ZUCCO: "Envuelto en ruido y en granizo y en espuma

Y en la noche y viento chocando furiosos, Alzo mis brazos al éter tenebroso."

UN TIPO: Está borracho.

UN TIPO: Imposible. No ha bebido nada.

UNA PUTA: Está chiflado, eso es todo. Hay que dejarlo en paz.

FORZUDO: ¿Dejarlo en paz? ¿Lleva horas jorobándonos y aún tenemos que dejarlo en paz? Que me busque de nuevo y le rompo la crisma.

UNA PUTA: *(Se acerca a Zucco para levantarlo)* No busques más pelea, chico, no

busques más pelea. Esa carita tan guapa ya está bastante destrozada. ¿Quieres que las chicas no se vuelvan ya a mirarte? Es una cosa muy frágil la carita, nene. Te crees que es tuya para toda la vida y de pronto te la destroza un gilipollas que nada tiene que perder con la suya. Tú tienes mucho que perder, nene. Una cara destrozada y tu vida entera se derrumba como si te hubieran cortado el rabo. No lo piensas antes, pero te juro que lo pensarás después. No me mires así, que voy a llorar, eres de la raza de los que te dan ganas de llorar sólo con mirarlos.

Zucco se acerca al forzado y le pega un puñetazo

UNA PUTA: No irán a empezar otra vez.

FORZUDO: No me busques, pequeño, no me busques.

Zucco le pega otro puñetazo. El forzado se lo devuelve. Pelean.

UNA PUTA: Voy a llamar a la policía. Lo va a matar.

UN TIPO: Ni se te ocurra llamar a la poli.

UN TIPO: De todos modos, ya lo ha tumbado otra vez.

Zucco se incorpora y persigue al forzado que se alejaba. Se le acerca y le pega en la cara.

UNA PUTA: No respondas, déjalo en paz, ya no se tiene en pie.

ZUCCO: ¡Pelea, cobarde, cagueta, no tienes cojones!

El forzado lo lanza por los aires.

FORZUDO: Una vez más, y lo aplasto como a un mosquito.

Zucco vuelve a incorporarse, buscando de nuevo pelea.

UNA PUTA: *(Al forzado)* No lo toques, no lo

toques, no le hagas daño.

El forzudo tumba a Zucco de un puñetazo.

UN TIPO: Lo ha derribado, que bárbaro.

UNA PUTA: Era fácil. Tiene razón cuando dice que son unos cobardes.

FORZUDO: Un hombre no debe dejarse morder dos veces por el mismo perro.

Entran en el bar. Zucco se incorpora, se acerca a la cabina. Descuelga, marca un número, espera.

ZUCCO: Quiero marcharme. Hay que marcharse en seguida. Hace demasiado calor, en esta mierda de ciudad. Quiero ir a Africa, bajo la nieve. Tengo que marcharme porque voy a morir. De todos modos, nadie se interesa por nadie. Nadie. Los hombres necesitan a las mujeres y las mujeres necesitan a los hombres. Pero lo que es amor, no hay. Me excito con las mujeres por compasión. Me gustaría volver a nacer perro, para ser menos desgraciado. Perro callejero, buscador de basuras; nadie se fijaría en mí. Me gustaría ser un perro amarillo, roído por la sarna, del que uno se aparta sin prestarle atención. Me gustaría ser un buscador de basuras por toda la eternidad. Creo que no hay palabras, no hay nada que decir. Hay que dejar de enseñar palabras. Hay que cerrar las escuelas y ampliar los cementerios. De todos modos, un año, cien años, da igual; antes o después todos tenemos que morir, todos. Y eso, eso es lo que hace que los pájaros canten, que los pájaros ríen.

UNA PUTA: (En la puerta del bar) Ya les decía yo que estaba loco. Habla por un teléfono que no funciona.

Zucco suelta el auricular, se sienta apoyándose en la cabina. El forzudo se acerca a Zucco.

FORZUDO: ¿Qué cavilas, pequeño?

ZUCCO: Pienso en la inmortalidad del

cangrejo, de la babosa y del abejorro.

FORZUDO: Sabes, no me gusta pelearme. Pero me has buscado tanto las vueltas, pequeño, que uno no puede tragar sin responder. ¿Por qué has buscado tanto la pelea? Cualquiera diría que quieres morir.

ZUCCO: No quiero morir. Voy a morir.

FORZUDO: Como todo el mundo, pequeño.

ZUCCO: No es una razón.

FORZUDO: Tal vez.

ZUCCO: El problema con la cerveza es que no la compramos, sólo la alquilamos. Tengo que ir a orinar.

FORZUDO: Ve, ve, antes de que sea tarde.

ZUCCO: ¿Es verdad que hasta los perros me mirarán con malos ojos?

FORZUDO: Los perros jamás miran a nadie con malos ojos. Los perros son los únicos seres de los que te puedes fiar. O te quieren o no te quieren, pero nunca te juzgan. Y cuando todo el mundo te haya dado de lado, pequeño, siempre quedará un perro que deambule por allí para lamerte la planta de los pies.

ZUCCO: "Morte villana, di pietá nemica,
di dolor madre antica,
giudizio incontrastabile gravoso,
di te biasmar la lingua saffatica."

FORZUDO: Tienes que ir a mear.

ZUCCO: Es demasiado tarde.

Amanece. Zucco se duerme.

ESCENA 9 / DALILA

Una comisaría de policía. Un inspector, un comisario. Entra la chiquilla, seguida por su hermano. Este se queda en la puerta, en penumbra. La chiquilla avanza hacia la foto de Zucco y lo señala con el dedo.

LA CHIQUILLA: Lo conozco.

COMISARIO: ¿Qué es lo que conoces?

LA CHIQUILLA: Ese chico. Lo conozco muy bien.

EL INSPECTOR: ¿Quién es?

LA CHIQUILLA: Un agente secreto. Un amigo.

EL INSPECTOR: ¿Quién es ese tipo, detrás de ti?

LA CHIQUILLA: Mi hermano. Me ha acompañado. El me ha dicho que viniera a verlos porque he reconocido la foto en la calle.

EL INSPECTOR: ¿Sabes que lo buscamos?

LA CHIQUILLA: Sí. Yo también lo busco.

EL INSPECTOR: ¿Es un amigo, dices?

LA CHIQUILLA: Un amigo, sí, un amigo.

EL INSPECTOR: Un asesino de policías. Te vamos a detener y acusar de complicidad, por ocultar armas y no denunciar a un malhechor.

LA CHIQUILLA: Mi hermano me ha dicho que viniera a decirles que lo conozco. Yo no oculto nada, no denuncio a nadie, lo conozco, eso es todo.

EL INSPECTOR: Dile a tu hermano que salga.

EL COMISARIO: ¿No has oído? Tú, fuera.

El hermano sale.

EL INSPECTOR: ¿Qué sabes de él?

LA CHIQUILLA: Todo.

EL INSPECTOR: ¿Francés? ¿Extranjero?

LA CHIQUILLA: Tenía un poco de acento extranjero, muy gracioso.

EL COMISARIO: ¿Germánico?

LA CHIQUILLA: No sé que quiere decir germánico.

EL INSPECTOR: Así que te ha dicho que era un agente secreto. Es extraño. En principio, un agente secreto tiene que permanecer secreto.

LA CHIQUILLA: Le dije que le guardaría el secreto pasara lo que pasara.

EL COMISARIO: Bravo. Si todos los secretos se guardaran así, nuestro trabajo sería fácil.

LA CHIQUILLA: Me dijo que se iba de misión a Africa, a las montañas, allí donde hay nieve todo el tiempo.

EL INSPECTOR: Un agente alemán en Kenia.

EL COMISARIO: Las suposiciones de la policía no eran tan erróneas, después de todo.

EL INSPECTOR: Eran exactas, comisario. *(A la chiquilla)* Su nombre, ahora. ¿Lo sabes? Deberías saberlo si era amigo tuyo.

LA CHIQUILLA: Sí, lo sé.

EL COMISARIO: Dilo.

LA CHIQUILLA: Lo sé muy bien.

EL COMISARIO: Te burlas de nosotros, chiquilla. ¿Quieres que te demos una bofetada?

LA CHIQUILLA: No quiero bofetadas. Lo sé, pero no consigo decirlo.

EL INSPECTOR: ¿Cómo es eso de que no consigues decirlo?

LA CHIQUILLA: Lo tengo ahí, en la punta de la lengua.

EL INSPECTOR: En la punta de la lengua, en la punta de la lengua. ¿Quieres que te demos de bofetadas, o de puñetazos, o tirones de pelo? Aquí tenemos salas equipadas para esas cosas, sabes.

LA CHIQUILLA: No, no, si lo tengo aquí mismo. Ya va a salir.

EL INSPECTOR: Su nombre de pila, por lo menos. Tienes que acordarte, bien que se lo habrás chupeteado en las orejas.

EL COMISARIO: Un nombre, un nombre. Cualquiera, o te llevo a rastras a la sala de torturas.

LA CHIQUILLA: Andreas.

EL INSPECTOR: *(Al comisario)* Tome nota: Andreas. *(A la chiquilla)* ¿Estás segura?

LA CHIQUILLA: No.

EL COMISARIO: Yo la mato.

EL INSPECTOR: Suelta de una vez ese maldito nombre o te parto la cara. Date prisa, o te acordarás.

LA CHIQUILLA: Ángelo.

EL INSPECTOR: Un español.

EL COMISARIO: O un italiano, un brasileño, un portugués, un mexicano: yo conocía un berlinés que se llamaba Julio.

EL INSPECTOR: Cuánto sabe, comisario. *(A la chiquilla)* Me estoy empezando a poner nervioso.

LA CHIQUILLA: Ya lo siento en los labios.

EL COMISARIO: ¿Quieres un golpe en la boca, para que salga?

LA CHIQUILLA: Ángelo, Ángelo, Dolce, o algo así.

EL INSPECTOR: ¿Dolce? ¿Como dulce?

LA CHIQUILLA: Dolce, sí. Me dijo que su

apellido se parecía a un nombre extranjero que quería decir dulce, o azucarado. (*Llora*) Era tan dulce, tan amable.

EL INSPECTOR: Hay muchas palabras para decir azucarado, supongo.

EL COMISARIO: Sucré, zuccherato, sweetened, gezuckert, ocukrzony.

EL INSPECTOR: Ya lo sé, comisario.

LA CHIQUILLA: Zucco. Zucco. Roberto Zucco.

EL INSPECTOR: ¿Estás segura?

EL COMISARIO: Zucco. ¿Con zeta?

LA CHIQUILLA: Con zeta, sí. Roberto. Con una zeta.

EL INSPECTOR: Acompáñela para que haga la declaración.

LA CHIQUILLA: ¿Y mi hermano?

EL COMISARIO: ¿Tu hermano? ¿Qué hermano? ¿Para qué quieres un hermano? Ya estamos nosotros.

ESCENA 10 / EL REHÉN

En un parque, a plena luz del día. Una señora está sentada en un banco. Entra Zucco.

LA SEÑORA: Siéntese a mi lado. Hábleme. Me aburro; conversemos. Detesto los parques. Parece tímido. ¿Acaso lo intimidó?

ZUCCO: No soy tímido.

LA SEÑORA: Sin embargo, le tiemblan las manos como a un muchacho ante su primera chica. Tiene una cara simpática. Es un chico guapo. ¿Le gustan las mujeres? Es casi demasiado guapo para que le gusten las mujeres.

ZUCCO: Me gustan las mujeres, sí, mucho.

LA SEÑORA: Seguro que le gustan esas golfillas de dieciocho años.

ZUCCO: Me gustan todas las mujeres.

LA SEÑORA: Eso está muy bien. ¿Ha sido alguna vez duro con una mujer?

ZUCCO: Jamás.

LA SEÑORA: Pero ¿y las ganas? Ya ha debido sentir ganas de ser violento con una mujer, ¿no es cierto? Todos los hombres han sentido esas

ganas alguna vez, todos.

ZUCCO: Yo no. Soy dulce y pacífico.

LA SEÑORA: Es usted un tipo curioso.

ZUCCO: ¿Ha venido en taxi?

LA SEÑORA: Por supuesto que no. No soporto a los taxistas.

ZUCCO: Entonces ha venido en coche.

LA SEÑORA: Es evidente. No he venido andando; vivo en la otra punta de la ciudad.

ZUCCO: ¿De que marca es su coche?

LA SEÑORA: ¿Tal vez piensa que tengo un Porsche? No, sólo tengo una birria de coche. Mi marido es un tacaño.

ZUCCO: ¿Qué marca?

LA SEÑORA: Mercedes.

ZUCCO: ¿Qué modelo?

LA SEÑORA: 280 SE.

ZUCCO: No es una birria de coche.

LA SEÑORA: Tal vez. Pero mi marido sigue siendo un tacaño.

ZUCCO: ¿Quién es ese? No hace más que mirarla.

LA SEÑORA: Es mi hijo.

ZUCCO: ¿Su hijo? Es muy mayor.

LA SEÑORA: Catorce años, ni uno más. No soy un vejstorio.

ZUCCO: Parece mayor. ¿Hace deporte?

LA SEÑORA: No hace otra cosa. Le pago todos los clubes de la ciudad, todas las pistas de tenis, de hockey, de golf y encima me exige que lo acompañe a los entrenamientos. Es un mocoso.

ZUCCO: Parece muy fuerte para su edad. Deme las llaves de su coche.

LA SEÑORA: Claro, claro. Tal vez también quiera el coche.

ZUCCO: Sí, lo quiero.

LA SEÑORA: Cójalo.

ZUCCO: Deme las llaves.

LA SEÑORA: No me fastidie.

ZUCCO: Deme las llaves. (*Saca la pistola, la deja en sus rodillas.*)

LA SEÑORA: Está loco. No se juega con esos armatostes.

ZUCCO: Llame a su hijo.

LA SEÑORA: De ninguna manera.

ZUCCO: (*La amenaza con la pistola.*) Llame a su hijo.

LA SEÑORA: Está chiflado. (*Grita a su hijo.*)
. Vuelve a casa. Arréglatelas por tu cuenta.

El hijo se acerca, la mujer se levanta, Zucco le coloca la pistola en la garganta.

LA SEÑORA: Dispare, imbécil. No le daré las llaves, aunque sólo sea porque me toma por idiota. Mi marido, me toma por idiota, mi hijo me toma por idiota, la criada me toma por idiota, puede disparar, habrá una idiota menos. Pero no le daré las llaves. Peor para usted, porque es un coche magnífico, asientos de cuero y salpicadero de raíz de nogal. Peor para usted. Deje de armar escándalo. Mire: esos imbéciles se van a acercar, van a hacer comentarios, van a llamar a la policía. Mire: ya se están relamiendo. Les encantan estas cosas. No soporto los comentarios de esa clase de gente. Así que dispare. No quiero oírlos, no quiero oír.

ZUCCO: (*Al chico*) No te acerques.

UN HOMBRE: Miren como tiembla.

ZUCCO: No te acerques, maldita sea. Tírate al suelo.

UNA MUJER: Le tiene miedo al niño.

ZUCCO: Y ahora pega las manos al cuerpo. Acércate.

UNA MUJER: Pero ¿cómo querrá que se arrastre con las manos pegadas al cuerpo?

UN HOMBRE: Se puede, se puede. Yo lo haría.

ZUCCO: Despacio. Las manos a la espalda. No levantes la cabeza. Quieto. (*El chico hace un movimiento*) Como hagas un solo movimiento mato a tu madre.

UN HOMBRE: Es capaz.

UNA MUJER: Seguro. Lo va a hacer. Pobre niño.

ZUCCO: ¿Juras que no te moverás?

EL CHICO: Lo juro.

ZUCCO: Apoya la cabeza en el suelo. Vuélvete lentamente y gira la cabeza hacia el otro lado. Vuélvete, no quiero que nos veas.

EL CHICO: ¿Por qué tiene miedo de mí? No

puedo hacer nada. Soy un niño. No quiero que mate a mi madre. No tiene por qué tenerme miedo: es usted más fuerte que yo.

ZUCCO: Sí, soy más fuerte que tú.

EL CHICO: Entonces, ¿por qué me tiene miedo? ¿Qué puedo hacerle yo? Soy muy pequeño.

ZUCCO: No eres tan pequeño, y no tengo miedo.

EL CHICO: Sí, está temblando, está temblando. Lo oigo perfectamente.

UN HOMBRE: Ahí viene la policía.

LA MUJER: Ahora sí va a tener motivos para temblar.

UN HOMBRE: Nos vamos a reír. Nos vamos a reír.

ZUCCO: (*Al chico*) Cierra los ojos.

EL CHICO: Están cerrados. Están cerrados. Dios santo, es usted un cagueta.

ZUCCO: Cierra también la boca.

EL CHICO: De acuerdo, lo cierro todo. Pero eres un cagueta. Estás asustando a una mujer. Estás amenazando con tu pipa a una mujer.

ZUCCO: ¿Qué coche tiene tu madre?

EL CHICO: Un Porsche, quizá.

ZUCCO: Calla. Cierra el pico. Cierra los ojos. Hazte el muerto.

EL CHICO: No sé cómo se hace el muerto.

ZUCCO: Lo vas a saber. Voy a matar a tu madre y verás como se hace el muerto.

UNA MUJER: Pobre niño.

EL CHICO: Me hago el muerto, me hago el muerto.

UN HOMBRE: Los policías no se acercan.

UNA MUJER: Se mueren de miedo.

UN HOMBRE: Qué va. Es una estrategia. Saben lo que hacen. Tienen medios que no conocemos. Pero saben lo que hacen, créanme. Ese tipo está perdido.

UN HOMBRE: La mujer también, no cabe duda.

UN HOMBRE: No se hace una tortilla sin romper los huevos.

UNA MUJER: Pero que no toque al niño, el niño sobre todo, por Dios.

Zucco se acerca al chico empujando a la mujer, a la que sigue apuntando en el cuello con la pistola. Después pisa con un pie la cabeza del chico.

UNA MUJER: Ah, Dios mío, los niños ven cada cosa hoy en día...

UN HOMBRE: Nosotros también hemos visto cada cosa, cuando éramos niños...

UNA MUJER: ¿A usted también lo ha amenazado un loco, por casualidad?

UN HOMBRE: ¿Y la guerra, señora, ya no se acuerda de la guerra?

UNA MUJER: ¿Y qué? ¿Acaso los alemanes le ponían un pie en la cabeza y amenazaban a su madre?

UN HOMBRE: Peor que eso, señora, peor que eso.

UNA MUJER: En todo caso, ahí está usted vivito y coleando, viejo y bien gordo.

UN HOMBRE: Es usted una grosera, señora.

UNA MUJER: Yo solo pienso en el niño, sólo pienso en el niño.

UN HOMBRE: Oiga, déjese ya de tanto niño. Quien tiene la pistola en la garganta es ella.

UNA MUJER: Sí, pero el que va a sufrir es el niño.

UNA MUJER: A ver, señor, ¿esto es lo que llama la técnica especial de la pol? Conque técnica. Quedándose en la otra punta. Lo que tienen es mieditis.

UN HOMBRE: He dicho que es una estrategia.

UN HOMBRE: ¡Estrategia mis cojones!

LOS POLICIAS: *(Desde lejos.)* Suelte el arma.

LA MUJER: Bien dicho.

LA MUJER: Estamos salvados.

UN HOMBRE: Dichosa estrategia.

UN HOMBRE: Preparan un golpe, ya lo he dicho.

LA MUJER: Yo al único que veo preparando un golpe es a ese.

UN HOMBRE: Además, el golpe ya está prácticamente hecho.

LA MUJER: Pobre niño.

UN HOMBRE: Señora, como siga con lo del

niño le doy un tortazo.

UN HOMBRE: ¿Les parece este momento de discutir? Un poco de dignidad. Somos testigos de un drama. Estamos ante la muerte.

LOS POLICIAS: *(Desde lejos)* Le ordenamos que arroje el arma. Está rodeado. *(El gentío rompe en carcajadas.)*

ZUCCO: Díganle que me entregue las llaves del auto. Es un Porsche.

LA SEÑORA: Imbécil.

LA MUJER: Dele la llave, dele la llave.

LA SEÑORA: Jamás. Que la coja él mismo.

UN HOMBRE: Le va a reventar la cara, querida señora.

LA SEÑORA: Mejor, así ya no veré las tuyas. Mejor.

LA MUJER: Qué mujer tan horrible.

UN HOMBRE: Es mala. Hay tanta gente mala y cruel.

LA MUJER: Quítele las llaves a la fuerza. ¿No hay aquí un hombre que le registre los bolsillos y le quite las llaves?

LA MUJER: A ver, usted, que sufrió tanto de niño, cuando los alemanes le pisaban la cabeza amenazando a su madre, demuestre de una vez que tiene cojones, demuestre de una vez que por lo menos le queda uno, aunque sea pequeño, aunque esté reseco.

UN HOMBRE: Señora, se merece usted una bofetada. Suerte que soy un hombre de mundo.

LA MUJER: Pues entonces regístrele los bolsillos, coja las llaves, y luego me pega la bofetada.

El hombre se acerca temblando, extiende el brazo, rebusca en los bolsillos de la señora, y extrae las llaves.

LA SEÑORA: Imbécil.

UN HOMBRE: *(Triunfante.)* ¿Ha visto? ¿Ha visto? Que traigan el Porsche.

(La señora ríe)

LA MUJER: Se ríe. Cómo podrá reírse cuando su hijo va a morir.

LA MUJER: Qué horror.

UN HOMBRE: Está loca.

UN HOMBRE: Dele las llaves a los policías. Que se ocupen ellos de eso, por lo menos. Espero que por lo menos sepan conducir un coche.

El hombre regresa corriendo.

UN HOMBRE: No es un Porsche. Es un Mercedes.

UN HOMBRE: ¿Qué modelo?

UN HOMBRE: 280 SE, creo. Muy bonito.

UN HOMBRE: Un Mercedes, ese es un buen coche.

LA MUJER: Pues traigan de una vez ese coche, de la marca que sea. Ese va a matar a todo el mundo.

ZUCCO: Quiero un Porsche. No quiero que nadie se burle de mí.

LA MUJER: Dígale a los policías que busquen un Porsche. No discutan. Si está loco, está loco. Hay que encontrarle un Porsche.

UN HOMBRE: Por lo menos eso sabrán hacer los polis.

UN HOMBRE: Por supuesto. Se mantienen apartados.

Van hacia los policías.

UN HOMBRE: Que nos miren, a nosotros, que somos hombres del pueblo. Somos más valientes que ellos.

LA MUJER: *(Al chico.)* Pobre pequeño. ¿No te hace daño ese pie tan malo?

ZUCCO: Cállese. No quiero que nadie le hable. No quiero que abra la boca. Tú, cierra los ojos. No te muevas.

UN HOMBRE: ¿Y usted, señora, cómo se siente?

LA SEÑORA: Bien, gracias, bien. Pero me sentiría muchísimo mejor si cerraran el pico y regresaran a sus cocinas a pegarles a sus hijos.

LA MUJER: Qué dura es. Qué dura es.

EL POLICIA: *(Desde el otro lado de la gente)* Aquí están las llaves del coche. Es un

Porsche. Está ahí. Puede verlo desde aquí. *(A la gente.)* Pásenle las llaves.

UN HOMBRE: Pásenselas ustedes. Los asesinos son cosa de ustedes.

EL POLICIA: Tenemos nuestras razones.

LA MUJER: Razones del culo.

UN HOMBRE: No pienso tocar esas llaves. No es asunto mío. Soy padre de familia.

ZUCCO: Voy a liquidar a la mujer, y me pego un tiro en la cabeza. Mi vida me importa un bledo. Les juro que me importa un bledo. Hay seis balas en el cargador. Me llevo por delante a cinco y luego me mato.

LA MUJER: Que lo hace. Que lo hace. Vámonos.

EL POLICIA: No se muevan. Lo van a poner nervioso.

UN HOMBRE: Ustedes sí que nos ponen nerviosos de no hacer nada.

UN HOMBRE: No los molesten. Déjenlos tranquilos. Seguro que tienen un plan.

EL POLICIA: No se muevan. *(Deja las llaves en el piso y las empuja con un bastón entre las piernas de la gente hasta los pies de Zucco. Zucco se inclina lentamente, recoge las llaves, se las guarda en el bolsillo.)*

ZUCCO: Me llevo a la mujer. Apártense.

LA MUJER: El niño está a salvo. Gracias, Dios mío.

UN HOMBRE: ¿Y la mujer? ¿Qué le va a ocurrir a ella?

ZUCCO: Apártense.

Todos se apartan. Sujetando la pistola con una mano, Zucco se inclina, agarra por los cabellos la cabeza del chico, y le dispara un tiro en la nuca. Gritos, fuga. Sujetando la pistola contra la garganta de la mujer, Zucco, en el parque ahora casi desierto, se dirige hacia el coche.

ESCENA 11 / EL TRATO

En la recepción del hotel, en el Pequeño Chicago. La patrona en su butaca, y la chiquilla a la espera.

LA CHIQUILLA: Soy fea.

LA PATRONA: No digas tonterías, patito.

LA CHIQUILLA: Estoy gorda, tengo papada, dos tripas, unos pechos como balones de fútbol, y en cuanto a las nalgas, menos mal que las tenemos detrás, así no las vemos. Pero estoy segura de que son como jamones que se balancean a cada paso que doy.

LA PATRONA: Te quieres callar, bobita.

LA CHIQUILLA: Estoy segura, estoy segura; ya veo a los perros, por la calle, seguirme con la lengua fuera y las babas colgando de la boca. Si los dejase, me morderían ahí como en el mostrador de una carnicería.

LA PATRONA: ¿Pero de dónde sacas eso, tontina? Eres bonita, eres redonda, estás rellenita, tienes formas. ¿Crees que a los hombres les gustan las ramas de árbol seco, que parece que se van a romper cuando las coges con la mano? Les gustan las formas, pequeña, les gustan las formas que les llenen bien la mano.

LA CHIQUILLA: Me gustaría ser delgada. Me gustaría ser una rama de árbol seco que parece que se va a romper.

LA PATRONA: Vaya, pues a mí no. Y además eres redondita hoy, puedes ser delgada mañana. Una mujer cambia a lo largo de su vida. No tienes que preocuparte por eso. Cuando yo era una chiquilla como tú, estaba delgada, delgada, era casi transparente, sólo un poco de piel y unos cuantos huesos. Ni sombra de pecho. Lisa como una tabla. Eso me enfurecía, porque en esa época ya me gustaban los chicos. Soñaba con redondearme, soñaba con tener unos senos preciosos. Entonces me colocaba unos pechos de cartón que me hacía yo misma. Pero los chicos se daban cuenta, y siempre que pasaban por mi lado me daban cada codazo en el pecho que me lo dejaban completamente aplastado. Al

cabo de unas cuantas veces, clavé una aguja dentro del pecho, y los gritos se oyeron en todo el pueblo, puedes creerme. Después, ya sabes, todo empezó a redondearse, a llenarse, y yo estaba muy contenta. Tranquilízate, gorrioncillo; eres redondita hoy, puedes ser delgada mañana.

LA CHIQUILLA: Me da igual. Hoy soy fea, gorda y desgraciada.

Entra el hermano, conversando con un chulo. Ni siquiera miran a la chiquilla.

EL CHULO: (*Impaciente.*) Demasiado caro.

EL HERMANO: No tiene precio.

EL CHULO: Todo tiene un precio, y el tuyo es demasiado alto.

EL HERMANO: Cuando se le puede poner precio a algo, es que no vale gran cosa. Quiere decir que se puede discutir, rebajar, subir el precio. Yo he fijado el precio en abstracto porque no tiene precio. Es como un cuadro de Picasso. ¿Le has oído decir a alguien que es caro? ¿Has visto alguna vez a un vendedor bajando el precio de un Picasso? El precio que se fija en estos casos, es una abstracción.

EL CHULO: Entretanto, es una abstracción que va a pasar de mi bolsillo al tuyo, y el vacío que se va a formar en mi bolsillo no me parece tan abstracto.

EL HERMANO: Un vacío semejante se vuelve a llenar. Lo volverás a llenar muy aprisa, créeme, y olvidarás el precio que has pagado en menos tiempo del que empleas discutiendo. Pero yo no pienso discutir. Lo tomas o lo dejas. Haces el negocio del año, o sigues en la miseria.

EL CHULO: No te impacientes, no te impacientes. Estoy reflexionando.

EL HERMANO: Pues reflexiona, reflexiona, pero no tardes mucho. Tengo que acompañar a mi hermana a casa de su madre.

EL CHULO: De acuerdo, hecho.

EL HERMANO: (*A la chiquilla*) Te brilla la nariz, pichoncito. Conviene que te la empolves un poco. (*La chiquilla sale. La miran.*) ¿Qué te parece mi Picasso?

EL CHULO: De todos modos me parece caro.

EL HERMANO: Te hará ganar tanto dinero que olvidarás el precio. Intercambio de dinero.

EL CHULO: ¿Cuándo estará disponible?

EL HERMANO: No te impacientes, no te impacientes; tenemos todo el tiempo del mundo.

EL CHULO: No, no tenemos todo el tiempo del mundo. Tú tienes el dinero, yo quiero a la chica.

EL HERMANO: La tienes, la tienes, es como si la tuvieras.

EL CHULO: Ahora que tienes el dinero, te arrepientes.

EL HERMANO: No me arrepiento de nada, de nada. Pienso.

EL CAFICHO: ¿Qué piensas? No es momento de pensar. Entonces, ¿cuándo?

EL HERMANO: Mañana, pasado mañana.

EL CHULO: ¿Por qué no hoy?

EL HERMANO: Sí, ¿por qué no hoy? Esta noche.

EL CHULO: ¿Por qué no ahora mismo?

EL HERMANO: Te impacientas, te impacientas. *(Se oyen los pasos de la chiquilla).* Ahora mismo, de acuerdo. *(El hermano desaparece y se oculta en una habitación.)* Entra la chiquilla.

LA CHIQUILLA: ¿Dónde está mi hermano?

EL CHULO: Me ha encargado que me ocupe de ti.

LA CHIQUILLA: Quiero saber dónde está mi hermano.

EL CHULO: Anda, ven conmigo.

LA CHIQUILLA: No quiero ir con usted.

LA PATRONA: Obedece inmediatamente, pava. No se discuten las órdenes de un hermano.

La chiquilla y el chulo salen. El hermano sale de la habitación y se sienta frente a la patrona.

EL HERMANO: Yo no quería, patrona, se lo juro. Ha sido ella la que ha insistido, ha sido ella la que ha querido venir a este barrio a hacer la calle. Está buscando a no sé quién, y quiere encontrarlo. Está segura de que lo va a

encontrar aquí. Yo no quería. He cuidado de ella como ningún hermano ha cuidado nunca de su hermana. Mi pollito, mi pequeña adorada, jamás he querido a nadie como la he querido a ella. No puedo evitarlo. La desgracia ha caído sobre nosotros. Ha sido ella quien lo ha querido, yo sólo lo he consentido. Nunca he podido dejar de consentirle todo a mi hermanita. Es la desgracia que nos ha escogido y se ceba en nosotros.

LA PATRONA: Eres una basura.

ESCENA 12 / LA ESTACION

En una estación de ferrocarril

ZUCCO: Roberto Zucco.

LA SEÑORA: ¿Por qué repite todo el tiempo ese nombre?

ZUCCO: Porque tengo miedo de olvidarlo.

LA SEÑORA: Nadie olvida su propio nombre. Debe ser lo último que se olvida.

ZUCCO: No, no; yo lo olvido. Lo veo escrito en mi cerebro, cada vez peor escrito, cada vez menos claro, como si se borrara; tengo que mirar cada vez más de cerca para conseguir leerlo. Tengo miedo de encontrarme de pronto sin saber mi nombre.

LA SEÑORA: Yo no lo olvidaré. Seré su memoria.

ZUCCO: *(Después de un tiempo)* Me gustan las mujeres. Me gustan demasiado las mujeres.

LA SEÑORA: Nunca es demasiado.

ZUCCO: Me gustan, me gustan, todas. No hay bastantes mujeres.

LA SEÑORA: Entonces, yo le gusto.

ZUCCO: Sí, claro, es una mujer.

LA SEÑORA: ¿Por qué me ha traído con usted?

ZUCCO: Porque voy a tomar el tren.

LA SEÑORA: ¿Y el Porsche? ¿Por qué no se va en el Porsche?

ZUCCO: No quiero hacerme notar. En un tren, nadie se fija en nadie.

LA SEÑORA: ¿Se supone que debo tomarlo con usted?

ZUCCO: No.

LA SEÑORA: ¿Por qué no? No tengo ningún motivo para no tomarlo con usted. Desde que lo vi no me ha desagradado. Voy a tomarlo con usted. Además, es lo que desea, de otro modo me habría matado o abandonado en cualquier parte.

ZUCCO: Necesito que me dé dinero para tomar el tren. No tengo dinero. Mi madre tenía que dármelo pero se olvidó.

LA SEÑORA: Las madres siempre se olvidan de dar dinero. ¿Dónde quiere ir?

ZUCCO: A Venecia.

LA SEÑORA: ¿Venecia? Qué ocurrencia.

ZUCCO: ¿Conoce Venecia?

LA SEÑORA: Por supuesto. Todo el mundo conoce Venecia.

ZUCCO: Allí es donde he nacido.

LA SEÑORA: Bravo. Siempre he pensado que nadie nacía en Venecia, y que todo el mundo moría allí. Los bebés deben nacer cubiertos de polvo y telarañas. En todo caso, Francia lo ha limpiado a fondo. No veo ni rastro de polvo. Francia es un detergente excelente. Bravo.

ZUCCO: Tengo que marcharme, es indispensable; tengo que marcharme. No quiero que me cojan. No quiero que me encierren. Me da pánico estar entre toda esa gente.

LA SEÑORA: ¿Pánico? Pórtese como un hombre. Tiene un arma; los pondría en fuga sólo con sacarla del bolsillo.

ZUCCO: Precisamente porque soy un hombre tengo pánico.

LA SEÑORA: Pues yo no lo tengo. Después de todo lo que usted me ha hecho ver, ni lo tengo ni lo he tenido nunca.

ZUCCO: Es precisamente porque nunca ha sido un hombre.

LA SEÑORA: Es usted complicado, muy complicado.

ZUCCO: Si me cogen, me encerrarán. Si me encierran, me volveré loco. Además, ya me vuelvo loco ahora. Hay policías por todas partes, hay gente por todas partes. Ya estoy encerrado entre toda esa gente. No los mire, no mire a nadie.

LA SEÑORA: ¿Acaso doy la impresión de querer denunciarlo? Imbécil. Lo habría hecho hace tiempo. Pero esos idiotas me repugnan. Usted, usted me gusta mucho más.

ZUCCO: Fíjese en todos esos locos. Fíjese en el aspecto tan malvado que tienen. Son asesinos. Jamás había visto tantos asesinos juntos. A la más mínima señal en su cabeza, se lanzarían a matarse entre ellos. Me pregunto por qué la señal no se dispara ahí, ahora, en sus cabezas. Porque todos están listos para matar. Son como ratas en jaulas de laboratorio. Tienen ganas de matar, se les nota en la cara, y en la manera de andar; veo sus puños cerrados en sus bolsillos. Reconozco a un asesino a primera vista; tienen las ropas manchadas de sangre. Aquí, están por todas partes; hay que quedarse tranquilo, sin moverse; debemos ser transparentes. Porque si no, si los miramos a los ojos, si se dan cuenta que los miramos, si se ponen a mirarnos y a vernos, la señal se dispara en sus cabezas, y matan, matan. Y como haya uno que empiece, todos van a matar a todos. Todos esperan tan solo esa señal en sus cabezas.

LA SEÑORA: Basta. No iré a tener un ataque de nervios. Voy a comprar los dos billetes. Pero tranquilícese, o nos haremos notar. *(Al cabo de un tiempo)* ¿Por qué lo mató?

ZUCCO: ¿A quién?

LA SEÑORA: A mi hijo, imbécil.

ZUCCO: Porque era un mocoso.

LA SEÑORA: ¿Quién se lo ha dicho?

ZUCCO: Usted. Dijo que era un mocoso. Dijo que la tomaba por idiota.

LA SEÑORA: ¿Y si a mí me gustara que me tomen por idiota? ¿Y si me gustaran los mocosos? ¿Y si me gustaran los mocosos más que nada en el mundo, más que los mayores? ¿Si odiara todo, todo menos los mocosos?

ZUCCO: Haberlo dicho.

LA SEÑORA: Lo he dicho, imbécil, lo he dicho.

ZUCCO: No hacía falta negarme las llaves. No hacía falta humillarme. Yo no quería matarlo, pero todo se ha ido encadenando solo por culpa del asunto del Porsche.

LA SEÑORA: Mentiroso. No se encadenaba

nada, todo se atravesó. Era a mí a quien apuntaba con su arma. ¿Por qué le voló a él la cabeza, con toda esa sangre?

ZUCCO: Si hubiese sido su cabeza, también habría saltado sangre.

LA SEÑORA: Pero yo no la habría visto, imbécil, yo no la habría visto. Mi sangre me importa un bledo, ya no me pertenece. Pero la de mi hijo, he sido yo quien se la metió en las jodidas venas, es asunto mío, era mío, no se pueden derramar mis asuntos de cualquier manera, en un parque, a los pies de una pandilla de imbéciles. Ya no tengo nada mío, ahora. Cualquiera puede caminar sobre lo único que me pertenecía. Los jardineros lo limpiarán todo mañana por la mañana. ¿Qué me queda, ahora, que me queda?

Zucco se pone en pie.

ZUCCO: Me marcho.

LA SEÑORA: Voy con usted.

ZUCCO: No se mueva.

LA SEÑORA: No tiene ni con qué tomar el tren. Ni siquiera me ha dejado el tiempo de dárselo. No le deja a nadie tiempo de ayudarlo. Es usted como una navaja automática que de vez en cuando cierra y guarda en su bolsillo.

ZUCCO: No necesito ayuda.

LA SEÑORA: Todo el mundo necesita ayuda.

ZUCCO: No vaya a llorar. Tiene el aspecto de una mujer a punto de llorar. Lo detesto.

LA SEÑORA: Me ha dicho que le gustan las mujeres, todas las mujeres, incluso yo.

ZUCCO: Menos cuando ponen cara de mujeres que van a llorar.

LA SEÑORA: Le juro que no lloraré.

Llora. Zucco se aleja.

LA SEÑORA: ¿Y su nombre, imbécil? ¿Es capaz de decírmelo ahora? ¿Quién lo recordará por usted? Ya lo ha olvidado, estoy segura. Estoy sola, ahora, para recordarlo. Se va a marchar sin su memoria.

Zucco sale. La señora permanece sentada y contempla los trenes.

ESCENA 13 / OFELIA

El mismo lugar, de noche. La estación está desierta. Se oye caer la lluvia. Entra la hermana.

LA HERMANA: ¿Dónde está mi paloma? ¿A qué inmundicia ha sido arrastrada? ¿En qué infame jaula ha sido encerrada? ¿Qué animales perversos y viciosos la rodean? Quiero encontrarte, tortolita mía, te buscaré hasta que me muera. (*Tiempo.*) El macho es el animal más repugnante entre todos los animales repugnantes que produce la tierra. Hay un olor en el macho que me asquea. A ratas en las cloacas, a cerdos en el lodo, un olor a estanque donde se pudren cadáveres. (*Tiempo.*) El macho es sucio, los hombres no se lavan, dejan que la suciedad y los líquidos repugnantes de sus secreciones se acumulen en sus cuerpos, y no los tocan, como si fueran bienes preciados. Los hombres no se huelen entre ellos porque todos tienen el mismo olor. Por eso se relacionan entre ellos, todo el tiempo, y andan con putas, porque las putas aguantan ese olor por dinero. He lavado tanto a esa pequeña. La he lavado tantas veces antes de la cena, y la he bañado por la mañana, le he frotado la espalda y las manos con el cepillo, y le he cepillado las uñas por dentro, le he lavado el pelo todos los días, y le he cortado las uñas, la he lavado de arriba abajo todos los días con agua caliente y jabón. La he tenido blanca como una paloma, le he peinado las plumas como a una tortolita. La he protegido y guardado en una jaula siempre limpia para que no manchara su blancura inmaculada, en contacto con la suciedad de este mundo, con la suciedad de los machos, para que no se dejara apestar por la peste del olor de los machos. Y ha sido su hermano, esa rata entre las ratas, ese cerdo apestoso, ese varón corrompido, el que la ha ensuciado y hundido en el cieno y arrastrado por los cabellos hasta su

estercolero. Hubiera debido matarlo, hubiera debido envenenarlo, hubiera debido impedir que rondara la jaula de mi tortolita. Hubiera debido levantar alambradas en torno a la jaula de mi amor. Hubiera debido aplastar a esa rata con el pie y quemarla en la estufa. *(Tiempo.)* Todo está sucio aquí. Toda la ciudad está sucia y poblada de machos. Que llueva, que siga lloviendo, que la lluvia lave un poco a mi tortolita en el estercolero donde se encuentra.

ESCENA 14 / LA DETENCION

El barrio del Pequeño Chicago. Dos policías. Unas putas, entre ellas la chiquilla.

POLICIA PRIMERO: ¿Has visto a alguien?

POLICIA SEGUNDO: Es de idiotas. El nuestro es un trabajo de idiotas. Quedarnos aquí plantados, como señales de estacionamiento. Más nos valdría volver a tráfico.

POLICIA PRIMERO: Es normal. Aquí fue donde mató al inspector.

POLICIA SEGUNDO: Por eso. Es el único sitio donde no volverá.

POLICIA PRIMERO: Un asesino vuelve siempre al lugar del crimen.

POLICIA SEGUNDO: ¿Volver aquí? ¿Para qué iba a volver? No ha dejado nada, ni equipaje, ni nada. No está loco. Somos dos señales de estacionamiento completamente inútiles.

POLICIA PRIMERO: Volverá.

POLICIA SEGUNDO: Mientras tanto, podríamos tomar un trago con la patrona del hotel, y comentar el caso con las señoritas en otra parte, entre toda esa gente tan apacible y tranquila, el Pequeño Chicago es el barrio más tranquilo de la ciudad.

POLICIA PRIMERO: Hay un fuego bajo las cenizas.

POLICIA SEGUNDO: ¿Un fuego? ¿Qué fuego? ¿Dónde ves tú el fuego? Hasta las señoritas son apacibles y tranquilas como secretarias; los clientes se pasean como por un parque, y los chulos recorren su territorio como

libreros controlando si todos los libros están en las estanterías y no les falta ninguno. ¿Dónde ves tú el fuego? Ese tipo no volverá, te apuesto lo que quieras, te apuesto un trago con la patrona.

POLICIA PRIMERO: Pues bien que volvió a su casa tras matar a su padre.

POLICIA SEGUNDO: Porque tenía algo que hacer allí.

POLICIA PRIMERO: ¿Y qué era lo que tenía que hacer?

POLICIA SEGUNDO: Matar a su madre. Y cuando lo hizo, ya no volvió. Y como aquí ya no hay ningún inspector al que matar, no volverá. Me siento como un idiota; siento que me crecen raíces y hojas por los brazos y las piernas. Siento que me estoy hundiendo en el asfalto. Vamos a tomarnos un trago con la patrona. Todo está en calma; todo el mundo se pasea tranquilamente. ¿Tú ves a alguien con pinta de asesino?

POLICIA PRIMERO: Un asesino nunca tiene pinta de asesino. Un asesino se pasea tranquilamente entre los demás como tú y como yo.

POLICIA SEGUNDO: Tendría que estar loco.

POLICIA PRIMERO: Un asesino está loco por definición.

POLICIA SEGUNDO: No estés tan seguro, no estés tan seguro. A veces casi siento ganas de matar yo también.

POLICIA PRIMERO: Pues bien, a veces debes estar casi loco.

POLICIA SEGUNDO: Puede ser, puede ser.

POLICIA PRIMERO: Estoy seguro.

Entra Zucco.

POLICIA SEGUNDO: Pero jamás - aunque estuviera loco, aunque fuera un asesino - jamás me pasaría tranquilamente por el lugar de mi crimen.

POLICIA PRIMERO: Mira ese tipo.

POLICIA SEGUNDO: ¿Cuál?

POLICIA PRIMERO: El que se pasea tranquilamente, ahí.

POLICIA SEGUNDO: Aquí todo el mundo se

pasea tranquilamente. El Pequeño Chicago se ha convertido en un parque donde hasta los niños podrían jugar a la pelota.

POLICIA PRIMERO: El de la ropa sucia.

POLICIA SEGUNDO: Sí, ya lo veo.

POLICIA PRIMERO: ¿No te recuerda a alguien?

POLICIA SEGUNDO: Puede ser, puede ser.

POLICIA PRIMERO: Parece él.

POLICIA SEGUNDO: Imposible.

LA CHIQUILLA: *(Al ver a Zucco.)* Roberto. *(Corre hacia él y lo abraza.)*

POLICIA PRIMERO: Es él.

POLICIA SEGUNDO: No hay duda.

LA CHIQUILLA: Te he buscado, Roberto, te he buscado, te he traicionado, he llorado, llorado hasta convertirme en una isla pequeñita en medio del mar, y las últimas olas me están ahogando. He sufrido tanto, que mi sufrimiento podría inundar los abismos de la tierra y desbordar los volcanes. Quiero quedarme contigo, Roberto; quiero vigilar cada latido de tu corazón, cada aliento de tu pecho; con la oreja pegada a ti escucharé el ruido de los engranajes de tu cuerpo, vigilaré tu cuerpo como un mecánico vigila su máquina. Guardaré todos tus secretos, seré el cofre de tus secretos; seré la bolsa donde ocultarás tus misterios. Velaré tus armas, las protegeré de la herrumbre. Serás mi agente y mi secreto y yo, en tus viajes, seré tu equipaje, tu cargador y tu amor.

POLICIA PRIMERO: *(Se acerca a Zucco.)* ¿Quién es usted?

ZUCCO: Soy el homicida de mi padre, de mi madre, de un inspector de policía y de un niño. Soy un asesino.

Lo detienen.

ESCENA 15 / ZUCCO AL SOL

Los tejados de la prisión, a mediodía. No se ve a nadie a lo largo de toda la escena, exceptuando a Zucco, cuando trepa al tejado. Voces mezcladas de guardias y presos.

UNA VOZ: Roberto Zucco se ha escapado.

UNA VOZ: Otra vez.

UNA VOZ: ¿Pero quien lo vigilaba?

UNA VOZ: ¿Quién lo tenía a su cargo?

UNA VOZ: Parecemos tontos.

UNA VOZ: Parecen tontos, sí. *(Risas.)*

UNA VOZ: Silencio.

UNA VOZ: Tiene cómplices.

UNA VOZ: No; precisamente porque no tiene cómplices siempre consigue escaparse.

UNA VOZ: Solo.

UNA VOZ: Solo, como los héroes.

UNA VOZ: Hay que buscar en los recovecos de las galerías.

UNA VOZ: Estará escondido en alguna parte.

UNA VOZ: Estará acurrucado en un escondrijo, temblando.

UNA VOZ: Seguro que no está temblando, sino riéndose de ustedes.

UNA VOZ: Zucco se ríe de todo el mundo.

UNA VOZ: No irá muy lejos.

UNA VOZ: Es una prisión moderna. Nadie puede evadirse.

UNA VOZ: Es imposible.

UNA VOZ: Estrictamente imposible.

UNA VOZ: Zucco está perdido.

UNA VOZ: Zucco estará perdido, pero por el momento, está trepando al tejado y riéndose de vosotros.

Zucco, con el torso y los pies desnudos, alcanza la coronación del tejado.

UNA VOZ: ¿Qué está haciendo ahí?

UNA VOZ: Baje inmediatamente. *(Risas.)*

UNA VOZ: Zucco está perdido. *(Risas.)*

UNA VOZ: Zucco, Zucco, dinos como te las arreglas para no quedarte en prisión ni una hora.

UNA VOZ: ¿Cómo lo haces?

UNA VOZ: ¿Por dónde te has largado? Dinos el truco.

ZUCCO: Por arriba. No hay que tratar de atravesar los muros, porque detrás de los muros hay otros muros, y siempre está la prisión. Hay

que escapar por los tejados, hacia el sol. Jamás alzarán un muro entre el sol y la tierra.

UNA VOZ: ¿Y los guardias?

ZUCCO: Los guardias no existen. Basta con no verlos. De todos modos, yo podría agarrar a cinco con una sola mano y aplastarlos de un golpe.

UNA VOZ: ¿De dónde te viene tu fuerza, Zucco, de dónde te viene tu fuerza?

ZUCCO: Cuando avanzo, me ciego, no veo los obstáculos, y, como no los miro, caen solos ante mí. Soy solitario y fuerte, soy un rinoceronte.

UNA VOZ: Pero tu padre, y tu madre, Zucco. No hay que tocar a los padres.

ZUCCO: Es normal matar a los padres.

UNA VOZ: Pero un niño, Zucco; no se mata a los niños. Se mata a los enemigos, se mata a la gente capaz de defenderse. Pero a un niño, no.

ZUCCO: No tengo enemigos y no ataco. Aplasto a los otros animales, no por maldad, sino porque no los veo y les pongo el pie encima.

UNA VOZ: ¿Tienes dinero? ¿Dinero escondido en alguna parte?

ZUCCO: No tengo dinero, en ninguna parte. No necesito dinero.

UNA VOZ: Eres un héroe, Zucco.

UNA VOZ: Es Goliat.

UNA VOZ: Es Sansón.

UNA VOZ: ¿Quién es Sansón?

UNA VOZ: Un rufián de Marsella.

UNA VOZ: Yo lo conocí en la cárcel. Una auténtica mala bestia. Capaz de romperles la cabeza a diez hombres a la vez.

UNA VOZ: Mentiroso.

UNA VOZ: Sólo con los puños.

UNA VOZ: No, con una quijada de asno. Y no era de Marsella.

UNA VOZ: Y se dejó joder por una mujer.

UNA VOZ: Dalila. Un asunto de pelos. Lo conozco.

UNA VOZ: Siempre hay una mujer que traiciona.

UNA VOZ: Estaríamos todos en libertad sin las mujeres.

El sol asciende, brillante, extraordinariamente luminoso. Se alza un fuerte viento.

ZUCCO: Mirad el sol. (*En el patio se hace un silencio total.*) ¿No veis nada? ¿No veis como se mueve de un extremo a otro?

UNA VOZ: No se ve nada.

UNA VOZ: El sol nos lastima los ojos. Nos deslumbra.

ZUCCO: Mirad lo que sale del sol. Es el sexo del sol; de ahí surge el viento.

UNA VOZ: ¿Qué? ¿El sol tiene sexo?

UNA VOZ: ¡Callad!

ZUCCO: Moved la cabeza; veréis cómo se mueve con vosotros.

UNA VOZ: ¿Qué es lo que se mueve? Yo no veo que se mueva nada.

UNA VOZ: ¿Cómo quieres que se mueva algo ahí arriba? Todo está colocado ahí desde la eternidad, y bien clavado; y bien atornillado.

ZUCCO: Es la fuente de los vientos.

UNA VOZ: Ya no vemos nada. Hay demasiada luz.

ZUCCO: Vuolved el rostro hacia Oriente y se desplazará hacia allá y si volvéis el rostro hacia Occidente, os seguirá.

Se alza un viento huracanado. Zucco vacila.

UNA VOZ: Está loco. Va a caer.

UNA VOZ: Detente, Zucco; te vas a romper la cabeza.

UNA VOZ: Está loco.

UNA VOZ: Va a caer.

El sol asciende, tornándose cegador, como el resplandor de una bomba atómica. No se ve nada.

UNA VOZ: (*Gritando.*) Cae.

Fin